

CONVIÉRTETE O ARDE

Volumen 1 – Sermón No.106

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO
7 DE DICIEMBRE DE 1856
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS**

***“Si no se arrepiente, él afilará su espada; armado tiene ya su arco, y lo ha preparado”
Salmo 7:12***

“Si el pecador no se vuelve, Dios afilará su espada”. Entonces, Dios tiene una espada y castigará al hombre por su iniquidad. Esta generación malvada ha trabajado para quitarle a Dios la espada de su justicia. Se han esforzado por probarse a sí mismos que Dios "aclarará al culpable" y de ninguna manera "castigará la iniquidad, la transgresión y el pecado". Hace doscientos años, la tensión predominante del púlpito era de terror, era como el Monte Sinaí. Expulsó la terrible ira de Dios y de los labios de un Baxter o un Bunyan escuchaste los sermones más terribles, llenos hasta el borde con advertencias de juicio por venir.

Quizás algunos de los padres puritanos hayan ido demasiado lejos y hayan dado una gran importancia a los terrores del Señor en su ministerio. Pero la edad en que vivimos ha tratado de olvidar esos terrores por completo, y si nos atrevemos a decirles a los hombres que Dios los castigará por sus pecados, se nos acusa de que queremos intimidarlos en la religión. Y si les decimos fiel y honestamente a nuestros oyentes que el pecado debe traer cierta destrucción, se dice que estamos tratando de asustarlos para que sean buenos.

Ahora no nos importa lo que los hombres nos imputen burlonamente, sentimos que es nuestro deber, cuando los hombres pecan, decirles que serán castigados y mientras el mundo no abandone su pecado, sentimos que no debemos cesar nuestras advertencias. Pero el clamor de esta era es que Dios es misericordioso, que Dios es amor. Sí, ¿quién dijo que no lo era? Pero recuerde, es igualmente cierto que Dios es justo, severo e inflexiblemente justo. Si no fuera Dios, no sería justo y no podría ser misericordioso si no fuera justo, porque el castigo de los impíos es exigido por la más alta misericordia para el resto de la humanidad.

Sin embargo, tenga la seguridad de que Él es Justo y que las palabras que estoy a punto de leerle de la Palabra de Dios son verdaderas: "Los impíos se convertirán en el Infierno y todas las naciones que se olviden de Dios". "Dios está enojado con los impíos cada día". "Si no se

convierte, afilará su espada, Él ha doblado su arco y lo ha preparado. También ha preparado para él los instrumentos de la muerte, Él ordena sus flechas contra los perseguidores". De hecho, debido a que esta era es perversa, se nos dice que no debe tener el Infierno, y porque es hipócrita, solo habría fingido castigo. Esta doctrina prevalece tanto que incluso los ministros del Evangelio dejan de cumplir con su deber de declarar el Día de la Ira. ¡Qué pocos hay que nos digan solemnemente sobre el juicio venidero!

Predican del amor y la misericordia de Dios como deberían hacerlo y como Dios les ha mandado, pero ¿de qué sirve predicar la misericordia a menos que también prediquen la condena de los impíos? ¿Y cómo esperamos lograr el propósito de la predicación a menos que avisemos a los hombres que si "no se vuelven, él afilará su espada"? Temo que en demasiados lugares la doctrina del castigo futuro sea rechazada y burlada como una fantasía y una quimera, pero llegará el día en que se sabrá que es una realidad.

Acab se burló de Micaías, cuando dijo que nunca debería volver a casa con vida. Los hombres de la generación de Noé se rieron del viejo tonto (como lo pensaban), que les pidió que prestaran atención, porque el mundo debería ahogarse. Pero cuando subían a las copas de los árboles y las inundaciones los seguían, ¿dijeron entonces que la profecía era falsa? Y cuando la flecha se clavó en el corazón de Acab y dijo: "Sácame de la batalla, porque debo morir", ¿pensó entonces que Micaías habló una mentira? Y así es ahora. Nos dices que hablamos mentiras, cuando te advertimos del juicio que vendrá, pero en ese día, cuando tu maldad caiga sobre ti y cuando la destrucción te abrume, ¿dirás que fuimos mentirosos entonces?

¿Te darás la vuelta y te burlarás y dirás que no dijimos la verdad? Más bien, mis oyentes, el mayor regalo de honor se le dará al que fue el más fiel en advertir a los hombres acerca de la ira de Dios. A menudo me he estremecido ante la idea de que, aquí estoy parado frente a ti y constantemente involucrado en el mundo del ministerio, ¿y si, cuando muera, me encuentren infiel a tus almas? ¡Qué triste será nuestro encuentro en el mundo de los espíritus! Sería terrible si pudieras decirme en el mundo venidero: "Señor, nos halagó. No nos hablaste de las solemnidades de la eternidad. No habitaste correctamente en la horrible ira de Dios. Nos hablaste débil y débilmente. Nos tenías un poco de miedo, ¿sabías que no podíamos soportar escuchar el tormento eterno y, por lo tanto, lo ocultaste y nunca lo mencionaste!"

Por qué, creo que me mirarías a la cara y me maldecirías por toda la eternidad, si esa fuera mi conducta. Pero por la ayuda de Dios nunca lo será. Sea justo o asqueroso, cuando muera, Dios, ayudándome, podrá decir: "Estoy limpio de la sangre de todos los hombres". Hasta donde sepa la verdad de Dios, me esforzaré por hablarla. Y aunque en mi cabeza se vierte la desgracia y el escándalo en diez veces más que nunca, lo saludaré y daré la bienvenida, si es que puedo ser fiel a esta generación inestable, fiel a Dios y fiel a mi propia conciencia.

Permítanme, entonces, esforzarme, y con la ayuda de Dios lo haré tan solemnemente y tan tiernamente como pueda, para dirigirme a ustedes que aún no se han arrepentido, recordándoles muy cariñosamente su destino futuro, si mueren impenitentes. "Si no se vuelve, afilará su espada".

En primer lugar, ¿qué significa el convertirse aquí? En segundo lugar, detengámonos en la necesidad de que los hombres se conviertan, de lo contrario, Dios los castigará y, en tercer lugar, déjame recordarte los medios por los cuales los hombres pueden ser apartados del error de sus caminos, y la debilidad y fragilidad de su naturaleza enmendada por el poder de la gracia divina.

En primer lugar, mis oyentes, permítanme tratar de explicarles la NATURALEZA DE CONVERSIÓN AQUÍ SIGNIFICADA. Dice: "Si no se vuelve, afilará su espada".

Para comenzar, entonces. La conversión aquí significada es real, no ficticio, no lo que se detiene con promesas y votos, sino lo que se refiere a los actos reales de la vida. Posiblemente uno de ustedes dirá, esta mañana, "¡He vuelto a Dios! De ahora en adelante no pecaré y me esforzaré por caminar en santidad. Mis vicios serán abandonados, mis crímenes serán arrojados a los vientos y me volveré a Dios con todo el propósito de corazón". Pero, tal vez mañana habrás olvidado esto. Llorarás una o dos lágrimas bajo la predicación de la Palabra de Dios, pero para mañana todas las lágrimas se habrán secado y olvidarás por completo que alguna vez viniste a la casa de Dios.

¿Cuántos de nosotros somos como hombres que vemos sus caras en un vaso y enseguida se van y olvidan qué clase de hombres somos? Ah, mi oyente, no es tu promesa de arrepentimiento lo que puede salvarte, no es tu voto. No es su declaración solemne, no es la lágrima que se seca más fácilmente que la gota de rocío del sol. No es la emoción transitoria del corazón lo que constituye una verdadera conversión hacia Dios. Debe haber un verdadero y verdadero abandono del pecado, y una conversión hacia la justicia en el acto real y en la vida cotidiana.

¿Dices que lo sientes y te arrepientes y, sin embargo, continúas día a día como siempre lo has hecho? ¿Ahora inclinarás la cabeza y dirás: "Señor, me arrepiento", ¿y dentro de un tiempo volverás a cometer los mismos hechos? Si lo hace, su arrepentimiento es peor que nada y hará que su destrucción sea aún más segura, porque el que jura a su Hacedor y no paga ha cometido otro pecado, en el sentido de que ha intentado engañar al Todopoderoso y mentir contra Dios que lo hizo. El arrepentimiento para ser verdadero, para ser evangélico, debe ser un arrepentimiento que realmente afecte nuestra conducta externa.

En el siguiente lugar, el arrepentimiento para estar seguro debe ser completo. Cuántos dirán: "Señor, renunciaré a este pecado y al otro. Pero hay ciertas lujurias queridas que debo mantener y mantener". Oh, señores, en nombre de Dios, permítanme decirles que no es renunciar a un solo pecado, ni cincuenta pecados, lo cual es el arrepentimiento verdadero, es la renuncia solemne de cada pecado. Si albergas una de esas víboras malditas en tu corazón, tu arrepentimiento no es más que una farsa. Si solo te permites una lujuria y te rindes a cada una de esa lujuria, como una fuga en un barco, hundirá tu alma. Piensa que no es suficiente renunciar a tus vicios externos. No es suficiente para cortar los pecados más corruptos de tu vida, es todo o nada lo que Dios exige.

"Arrepiéntete", dice Dios, y cuando Él te pide que te arrepientas, quiere decir que te arrepientas de todos tus pecados, de lo contrario nunca podrá aceptar tu arrepentimiento como real y genuino. El verdadero penitente odia el pecado en la raza, no en el individuo, en la masa, no en lo particular. Él dice: "¡Quémate como quieras, oh pecado, te aborrezco! Ay, cúbrete de placer, vuélvete llamativa, como la serpiente con sus escamas azules. Todavía te odio, porque conozco tu veneno, y huyo de ti, incluso cuando vienes a mí con el más engañoso atuendo". Todo pecado debe ser abandonado o de lo contrario nunca tendrá a Cristo. Toda transgresión debe ser renunciada, o de lo contrario las puertas del cielo se cerrarán contra ti. Recordemos, entonces, que para que el arrepentimiento sea sincero debe ser un arrepentimiento completo.

De nuevo, cuando Dios dice: "Si no se vuelve, afilará su espada", quiere decir arrepentimiento inmediato. Dices que cuando nos estamos acercando al último extremo de la vida mortal y cuando estamos entrando en los límites de la espesa oscuridad del futuro, cambiaremos nuestros caminos. Pero, mis queridos oyentes, no se engañen. Son pocos los que han cambiado después de una larga vida de pecado. "¿Puede el etíope cambiar su piel o el leopardo sus manchas? Si es así, que el que está acostumbrado a hacer el mal aprenda a hacer el bien". No confíe en los arrepentimientos que se prometen en sus lechos de muerte. Hay diez mil argumentos en contra de uno que, si no te arrepientes en salud, nunca te arrepentirás en enfermedad.

Demasiados se han prometido a sí mismos una temporada tranquila antes de abandonar el mundo, cuando podrían volver la cara hacia la pared y confesar sus pecados, ¡pero ¡qué pocos han encontrado ese momento de reposo! ¿No caen los hombres muertos en las calles, sí, incluso en la Casa de Dios? ¿No caducan en sus negocios? Y cuando la muerte es gradual, ofrece una mala temporada para el arrepentimiento. Muchos santos han dicho en su lecho de muerte: "Oh, si ahora tuviera que buscar a mi Dios, si ahora tuviera que clamarle por misericordia, ¿qué sería de mí? Estos dolores son suficientes, sin los dolores del arrepentimiento. Es suficiente torturar el cuerpo sin que el alma se arrepienta de remordimiento".

¡Pecador! Dios dice: "Hoy, si escuchas su voz, no endurezcas tus corazones, como en la provocación, cuando tus padres me tentaron y me probaron". Cuando Dios el Espíritu Santo convence a los hombres de pecado, nunca hablarán de demoras. Es posible que nunca tenga otro día para arrepentirse. Por lo tanto, dice la voz de la sabiduría: "Arrepiéntete ahora". Los rabinos judíos dijeron: "Que cada hombre se arrepienta un día antes de morir, y ya que puede morir mañana, preste atención a apártate de sus malos caminos hoy". Aun así, decimos: el arrepentimiento inmediato es lo que Dios exige, porque Él nunca te ha prometido que tendrás tiempo para arrepentirte, excepto el que tienes ahora.

Además, el arrepentimiento aquí descrito como absolutamente necesario es un arrepentimiento sincero. No es una lágrima falsa. No es colgar las insignias del dolor mientras mantienes la alegría en tus corazones. No es tener una iluminación interna y cerrar todas las ventanas por un pretendido arrepentimiento. Es apagar las velas del corazón. Es la tristeza del alma que es el verdadero arrepentimiento. Un hombre puede renunciar a todo pecado externo y, sin embargo, no arrepentirse realmente. El verdadero arrepentimiento es un cambio del corazón y de la vida. Es la entrega de toda el alma a Dios, para ser suya para siempre jamás, es una renuncia a los pecados del corazón, así como a los crímenes de la vida.

Ah, queridos oyentes, ninguno de nosotros cree que nos hemos arrepentido cuando solo tenemos un arrepentimiento falso y ficticio. Que ninguno de nosotros tome eso como la obra del Espíritu, que es solo la obra de la pobre naturaleza humana. No soñemos que nos hemos vuelto salvadores hacia Dios, cuando, quizás, solo nos hemos vuelto hacia nosotros mismos. Y no pensemos lo suficiente como para haber pasado de un vicio a otro, o del vicio a la virtud. Recordemos que debe ser un cambio de toda el alma, para que el viejo hombre sea hecho nuevo en Cristo Jesús. De lo contrario, no hemos respondido al requisito del texto, no nos hemos vuelto a Dios.

Y finalmente, sobre este punto, este arrepentimiento debe ser perpetuo. No es que recurrir a Dios durante el día de hoy sea una prueba de que soy un verdadero converso, es abandonar mi pecado durante toda mi vida, hasta que duerma en la tumba. No necesita imaginar que estar en posición vertical durante una semana será una prueba de que está salvado, es un aborrecimiento perpetuo del mal. El cambio que Dios obra no es un cambio transitorio ni superficial, no un corte de la parte superior de la maleza, sino una erradicación de la misma. No el barrido del polvo de un día, sino la eliminación de lo que es la causa de la contaminación.

En los viejos tiempos, cuando los monarcas ricos y generosos llegaban a sus ciudades, hacían correr las fuentes con leche y vino. Pero la fuente no era, por lo tanto, una fuente de leche y vino siempre, al día siguiente corría con agua como antes. Así que hoy puedes ir a casa y pretender rezar. Puede ser serio hoy, mañana puede ser honesto y al día siguiente puede

fingir ser devoto. Sin embargo, si regresas, como lo dicen las Escrituras, "como el perro a su vómito y como la cerda que fue arrastrada por ella revolcándose en el lodo", tu arrepentimiento solo te hundirá en el Infierno, en lugar de ser una prueba de la Divina Gracia en tus corazones.

Es muy difícil distinguir entre el arrepentimiento legal y el arrepentimiento evangélico. Sin embargo, hay ciertas marcas por las cuales pueden distinguirse y correr el riesgo de cansarlo, solo notaremos una o dos de ellas, ¡y que Dios conceda que las encuentre en sus propias almas! El arrepentimiento legal es un temor de condenación, el arrepentimiento evangélico es un miedo a pecar. El arrepentimiento legal nos hace temer la ira de Dios, el arrepentimiento evangélico nos hace temer la causa de esa ira: el pecado. Cuando un hombre se arrepiente con esa gracia de arrepentimiento que Dios el Espíritu obra en él, no se arrepiente del castigo que debe seguir el hecho, sino del acto mismo. Y siente que, si no hubiera un hoyo cavado para los malvados, si no hubiera gusanos que se pudrieran nunca y no se apagara el fuego, todavía odiaría el pecado.

Es un arrepentimiento como este lo que cada uno de ustedes debe tener, o de lo contrario se perderán. Debe ser un odio al pecado. No supongas que porque cuando vengas a morir tendrás miedo del tormento eterno, por lo tanto, será arrepentimiento. Todos los ladrones le temen a la prisión, pero robará mañana si lo liberas. La mayoría de los hombres que han cometido asesinatos tiemblan al ver la horca, pero volverían a hacer el acto si pudieran vivir. No es el odio al castigo lo que es el arrepentimiento, es el odio al hecho mismo. ¿Sientes que tienes un arrepentimiento como ese? Si no, estas palabras estruendosas deben ser predicadas nuevamente: "Si no se vuelve, afilará su espada".

Pero una pista más aquí. Cuando un hombre posee un arrepentimiento verdadero y evangélico, es decir, el arrepentimiento evangélico que salva el alma, no solo odia el pecado por sí mismo, sino que lo detesta de manera tan extrema y absoluta que siente que ningún arrepentimiento propio puede servir para lavarlo. Y él reconoce que es solo por un acto de Gracia Soberana que su pecado puede ser lavado. Ahora, si alguno de ustedes supone que se arrepiente de sus pecados y, sin embargo, imagina que con un curso de vida santa puede borrarlos, si supone que al caminar erguido en el futuro puede borrar sus transgresiones pasadas, todavía no ha realmente arrepentido, porque el arrepentimiento verdadero hace que un hombre sienta que...

***"¿No podría conocer su celo un respiro?
¿Podrían sus lágrimas fluir para siempre?
Todo porque el pecado no pudo expiar,
Cristo debe salvar y solo Cristo"***

Y si es así en ti que odias el pecado como algo corrupto y abominable, y lo esconderías de tu vista, pero sientes que nunca será sepultado a menos que Cristo cave la tumba, entonces te has arrepentido del pecado. Debemos confesar humildemente que merecemos la ira de Dios y que no podemos evitarla mediante acciones propias. Y debemos poner nuestra confianza única y completamente en la sangre y los méritos de Jesucristo. Si no te has arrepentido tanto, nuevamente exclamamos en las palabras de David: "Si no te vuelves, Él afilará su espada".

II. Y ahora el segundo punto, es aún más terrible para reflexionar, y si consultara mis propios sentimientos no debería mencionarlo. Pero no debemos considerar nuestros sentimientos en el trabajo del ministerio, más de lo que deberíamos si fuéramos médicos de los cuerpos de los hombres. A veces debemos usar el cuchillo, donde sentimos que la mortificación se produciría sin él.

Con frecuencia debemos hacer cortes agudos en las conciencias de los hombres con la esperanza de que el Espíritu Santo los traiga a la vida. Afirmamos, entonces, que hay una NECESIDAD de que Dios debe abrir su espada y castigar a los hombres, si no se vuelven. Baxter solía decir: "¡Pecador! Conviértete o arde. Es su única alternativa: ¡CONVIÉRTETE O ARDE!" Y así es. Creemos que podemos mostrarle por qué los hombres deben convertirse, o de lo contrario deben arder.

Primero, no podemos suponer que el Dios de la Biblia podría sufrir el pecado por ser impune. Algunos pueden suponerlo. Pueden soñar sus intelectos en un estado de intoxicación para suponer un Dios separado de la justicia, pero ningún hombre cuya razón sea sólida y cuya mente esté sana puede imaginar a un Dios sin justicia. No se puede suponer que un rey sin ella sea un buen rey. No pueden soñar con un buen gobierno que deba existir sin justicia, mucho menos de Dios, el Juez y Rey de toda la tierra, sin justicia en Su seno. Suponerle todo amor, y nada de justicia, sería modificarlo y hacerlo dejar de ser Dios. Él no sería capaz de gobernar este mundo si no tuviera justicia en Su corazón.

Hay en el hombre una percepción natural del hecho de que, si hay un Dios, debe ser justo. Y apenas puedo imaginar que puedes creer en un Dios sin creer también en el castigo del pecado. Era difícil suponer que Él se elevaba por encima de sus criaturas, contemplando su desobediencia y sin embargo mirando con la misma serenidad al bien y al mal. No puedes suponer que Él concede la misma alabanza a los malvados y a los justos. La idea de Dios supone justicia, y es solo decir justicia cuando dices Dios.

Pero imaginar que no habrá castigo por el pecado, y que el hombre puede salvarse sin arrepentimiento, es volar frente a todas las Escrituras. ¿Qué? ¿No son nada los registros de la historia divina? Y si son algo, ¿no debe Dios haber cambiado poderosamente si ahora no

castiga el pecado? ¿Qué? ¿Expulsó una vez a Edén y expulsó a nuestros padres de ese jardín feliz a causa de un pequeño robo, como el hombre lo diseñaría? ¿Ahogó un mundo con agua e inundó la creación con las inundaciones que había enterrado en las entrañas de esta tierra? ¿Y no castigará el pecado? Deja que el granizo ardiente que cayó sobre Sodoma te diga que Dios es justo. Deja que la boca abierta de la tierra que se tragó a Coré, Datán y Abiram, te advierta que no perdonará al culpable. Deje que las poderosas obras de Dios que hizo en el Mar Rojo, las maravillas que hizo en Faraón y la destrucción milagrosa que causó en Senaquerib, le digan que Dios es justo.

Y quizás estaba fuera de lugar para mí en el mismo argumento mencionar los juicios de Dios incluso en nuestra época. Pero lo cual no podemos dejar de creer que Él realmente lo vengó. No creo que cada accidente sea un juicio. Estoy lejos de creer que la destrucción de hombres y mujeres en un teatro es un castigo sobre ellos por su pecado, ya que lo mismo ha ocurrido en el servicio Divino a nuestro dolor perpetuo. Creo que el juicio está reservado para el próximo mundo. No podría explicar la Providencia si creyera que Dios castiga aquí. "Aquellos hombres sobre los cuales cayó la torre en Siloé y los mató, ¿crees que eran pecadores sobre todos los hombres que habitaban en Jerusalén? Te digo que no".

Ha perjudicado a la religión que los hombres tomen todas las Providencias y digan, por ejemplo, que debido a que un bote estaba trastornado el día de reposo, era un juicio sobre las personas que estaban en él. Ciertamente creemos que fue un pecado pasar el día en placer, pero negamos que haya sido un castigo de Dios. Dios generalmente reserva su castigo para un estado futuro. Pero, sin embargo, decimos, ha habido algunos casos en los que no podemos dejar de creer que los hombres y las mujeres han sido castigados por su culpa, por la Providencia en esta vida. Recuerdo uno que apenas me atrevo a relatar contigo.

Yo mismo vi a la miserable criatura. Se había atrevido a impregnar en su cabeza las maldiciones más horribles que el hombre podía pronunciar. En su furia y furia, dijo que deseaba que su cabeza estuviera torcida hacia un lado, que sus ojos estuvieran apagados y que sus mandíbulas se hicieran rápidas. Pero un momento después, el latigazo de su látigo, con el que había tratado cruelmente a su caballo, entró en su ojo. Le provocó primero una inflamación y luego un bloqueo de mandíbula, y cuando lo vi estaba justo en la posición en la que había pedido que lo colocaran, porque tenía la cabeza torcida, su vista había desaparecido y no podía hablar excepto a través de sus dientes cerrados.

Recordará que sucedió una instancia similar en Devizes, donde una mujer declaró que había pagado su parte del precio de un saco de comida cuando lo tenía en la mano, e inmediatamente falleció en el acto. Algunos de estos pueden haber sido coincidencias singulares. Pero no soy tan crédulo como para suponer que fueron provocados por accidente. Creo que la voluntad del Señor estaba en ello. Creo que fueron algunos indicios débiles de

que Dios era justo y que, aunque la lluvia completa de su ira no cae sobre los hombres en esta vida, derrama una o dos gotas sobre ellos, para dejarnos ver cómo Él un día castigará al mundo por su iniquidad.

Pero, ¿por qué necesito ir lejos para presentarles argumentos, mis oyentes? Tus propias conciencias te dicen que Dios debe castigar el pecado. Puedes reírte de mí y decir que no tienes esa creencia. No digo que tengas, pero digo que tu conciencia te lo dice, y la conciencia tiene más poder sobre los hombres de lo que creen que es su creencia. Como dijo John Bunyan, el Sr. Consciencia tenía la voz muy alta y, aunque el Sr. Entendimiento se encerró en una habitación oscura, donde no podía ver, tronaba tan fuerte en las calles, que el Sr. Entendimiento temblaba en su casa por lo que decía el Sr. Consciencia. Y a menudo es así.

En su entendimiento, usted dice: "No puedo creer que Dios castigue el pecado", pero sabe que lo hará. No te gustaría confesar tus miedos secretos, porque eso era renunciar a lo que has afirmado con tanta valentía. Pero debido a que lo afirmas con tanta jactancia y alboroto, imagino que no lo crees, porque si lo hicieras, no necesitarías parecer tan grande al decirlo. Sé esto, tan pronto como estás enfermo, clamas por misericordia. Sé que cuando estés muriendo creerás en un infierno. La conciencia nos hace cobardes a todos y nos hace creer, incluso cuando decimos que no, que Dios debe castigar el pecado.

Déjame contarte una historia. Ya lo he dicho antes, pero es sorprendente y expone con claridad, la facilidad con la que los hombres serán traídos en tiempos de peligro, para creer en un Dios y un Dios de justicia, aunque lo hayan negado antes.

En los bosques de Canadá residía un buen ministro que, una tarde, salió a meditar, como lo hizo Isaac, en los campos. Pronto se encontró en los límites de un bosque, entró y caminó por un sendero que había sido pisado antes que él. Reflexionando, reflexionando todavía, hasta que por fin las sombras del crepúsculo se juntaron a su alrededor, y empezó a pensar cómo pasaría la noche en el bosque. Tembló ante la idea de quedarse allí, con el pobre refugio de un árbol en el que se vería obligado a trepar. De repente vio una luz en la distancia entre los árboles, e imaginó que podría ser desde la ventana de una cabaña donde podría encontrar un refugio hospitalario, se apresuró a hacerlo. Pero para su sorpresa, vio un espacio despejado y árboles tumbados para hacer una plataforma y sobre él un orador que se dirigía a una multitud.

Pensó para sí mismo: "Me he tropezado con una compañía de personas, que en este bosque oscuro se han reunido para adorar a Dios, y algún ministro les está predicando a estas horas de la tarde acerca del reino de Dios y su justicia". Para su sorpresa y horror, cuando se acercó, encontró a un joven declamando en contra de Dios, desafiando al Todopoderoso a hacer lo peor sobre él, hablando cosas terribles con ira contra la justicia del Altísimo, y

exponiendo las afirmaciones más audaces y terribles sobre su propia incredulidad en un estado futuro.

Era en conjunto una escena singular. Estaba iluminado por nudos de pino, que brillaban aquí y allá, mientras reinaba la espesa oscuridad en otros lugares. La gente tenía la intención de escuchar al orador y cuando se sentó, se le lanzaron aplausos, cada uno parecía emular al otro en su alabanza. Pensó el ministro: "No debo dejar pasar esto. Debo levantarme y hablar. El honor de mi Dios y su causa lo exige". Pero temía hablar, porque no sabía qué decir, ya que había venido allí de repente.

Pero se habría ido de todos modos, si no hubiera ocurrido algo más. Un hombre de mediana edad, sano y fuerte, se levantó y se apoyó en su bastón y dijo: "Mis amigos, tengo una palabra para hablarles esta noche. No estoy a punto de refutar ninguno de los argumentos del orador. No criticaré su estilo, no diré nada sobre lo que creo que son las blasfemias que ha pronunciado, pero simplemente le contaré un hecho y, una vez que lo haya hecho, sacaré sus propias conclusiones".

"Ayer caminé al lado del río. Vi en sus inundaciones a un joven en un bote. El bote era inmanejable. Iba rápido hacia los rápidos. No podía usar los remos y vi que no era capaz de llevar el bote a la orilla. Vi a ese joven retorcerse las manos en agonía. Poco a poco abandonó el intento de salvar su vida. Se arrodilló y lloró con desesperada seriedad: "¡Oh Dios! ¡Salva mi alma! Si no puedo salvar mi cuerpo, salva mi alma". Lo escuché confesar que había sido un blasfemo. Lo escuché decir que, si su vida se salvara, nunca volvería a ser así. Lo escuché implorar la misericordia del cielo por el amor de Jesucristo, y suplicar fervientemente que pudiera ser lavado en su sangre. Estas armas salvaron a ese joven del diluvio. Me sumergí, llevé el bote a la orilla y le salvé la vida. Ese mismo joven se acaba de dirigir a ti y ha maldecido a su Hacedor. ¡Qué le dicen a esto, señores!"

El orador se sentó. Puedes adivinar qué estremecimiento atravesó al joven y cómo la audiencia en un momento cambió sus notas y vio eso después de todo, mientras que era una buena cosa jactarse contra Dios Todopoderoso en tierra firme, cuando el peligro era distante, no era tan grandioso pensar mal de Él cuando estaba cerca del borde de la tumba. Creemos que hay suficiente conciencia en cada hombre para convencerlo de que Dios debe castigarlo por su pecado. Por lo tanto, creemos que nuestro texto despertará un eco en cada corazón: "Si no se vuelve, afilará su espada".

Estoy cansado de este terrible trabajo de esforzarme por mostrarte que Dios debe castigar el pecado. Permítanme pronunciar algunas de las declaraciones de Su Santa Palabra, y luego déjenme decirles cómo se debe obtener el arrepentimiento. ¡Oh señores! Puedes pensar que el fuego del infierno es de hecho una ficción y que las llamas del pozo más cercano no son más que sueños. Pero si crees en la Biblia debes creer que no puede ser así. Nuestro Maestro

no dijo: "Donde el gusano no muere y el fuego no se apaga". Usted dice que es fuego metafórico. Pero, ¿qué quiso decir con esto? "¿Es capaz de arrojar cuerpo y alma al infierno?"

¿No está escrito que hay un tormento temeroso reservado para el diablo y sus ángeles? ¿Y no sabes que nuestro Maestro dijo: "Estos se irán al castigo eterno"? "¿Partir, maldices al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles"? "Sí", dices, "pero no es filosófico creer que hay un Infierno, no se asocia con la razón para creer que existe". Sin embargo, me gustaría actuar como si existiera, incluso si no existe tal lugar Como el pobre y piadoso hombre dijo una vez: "Señor, me gusta tener dos cuerdas en mi arco. Si no hubiera infierno, estaré tan bien como tú, pero si así fuera, te será difícil".

Pero, ¿por qué necesito decir "si"? Sabes que lo hay. Ningún hombre ha nacido y educado en esta tierra, sin tener su conciencia tan iluminada como para saber que es una Verdad. Todo lo que necesito hacer es presionar su ansiosa consideración sobre este pensamiento: ¿Siente que ahora es un sujeto apto para el Cielo? ¿Sientes que Dios ha cambiado tu corazón y renovado tu naturaleza? Si no, te ruego que te apoyes en este pensamiento, a menos que seas renovado, todo lo que puede ser terrible en los tormentos del mundo futuro debe ser inevitablemente tuyo. Querido lector, aplícalo a ti mismo, no a tus semejantes, sino a tu propia conciencia y que Dios Todopoderoso lo use para llevarte al arrepentimiento.

III. Ahora, brevemente, ¿cuáles son los MEDIOS de arrepentimiento? Lo más serio que digo es que no creo que ningún hombre pueda arrepentirse con arrepentimiento evangélico en sí mismo. Me preguntas, entonces, ¿con qué propósito es el sermón que he tratado de predicar, demostrando la necesidad del arrepentimiento? Permítanme hacer el sermón de algún propósito, bajo Dios, por su conclusión.

¡Pecador! Estás tan desesperado por el pecado que no tengo esperanza de que alguna vez te apartes de él. ¡Pero escucha! El que murió en el Calvario es exaltado en las alturas "para dar arrepentimiento y remisión del pecado". ¿Sientes esta mañana que eres un pecador? Si es así, pídale a Cristo que le dé arrepentimiento, porque Él puede obrar arrepentimiento en su corazón por medio de Su Espíritu, aunque usted no puede hacerlo allí.

¿Tu corazón es como el hierro? Él puede ponerlo en el horno de su amor y hacer que se derrita. ¿Es tu alma como la piedra de molino inferior? Su gracia es capaz de disolverlo como si la niebla se derritiera antes que el sol. Él puede hacer que te arrepientas, aunque tú no puedes hacerte arrepentir. Si siente su necesidad de arrepentimiento, ahora no le diré "arrepentirse", porque creo que hay ciertos actos que deben preceder a un sentimiento de arrepentimiento. Debo aconsejarle que vaya a su casa, y si siente que ha pecado y aún no puede arrepentirse lo suficiente de sus transgresiones, doble las rodillas ante Dios y confiese sus pecados. Dile que no puedes arrepentirte como deberías. Dile que tu corazón es duro. Dile

que hace tanto frío como el hielo. Puedes hacerlo si Dios te ha hecho sentir tu necesidad de un Salvador.

Entonces, si se debe poner en tu corazón el esfuerzo de buscar el arrepentimiento, te diré la mejor manera de encontrarlo. Dedique una hora primero a tratar de recordar sus pecados, y cuando la convicción se haya apoderado de usted, luego pase otra hora, ¿dónde? En el Calvario, mi oyente. Siéntate y lee ese capítulo que contiene la historia y el misterio del Dios que amó y murió. Siéntate y mira a ese hombre glorioso, con la sangre cayendo de sus manos y sus pies brotando ríos de sangre. Y si eso no te hace arrepentirte, con la ayuda del Espíritu de Dios, entonces no sé de nada que pueda.

Un viejo divino dice: "Si sientes que no amas a Dios, ámalo hasta que sientas que lo haces. Si crees que no puedes creer, cree hasta que sientas que crees". Muchos hombres dicen que no puede arrepentirse, mientras se arrepiente. Continúa con ese arrepentimiento, hasta que sientas que te has arrepentido. Solo reconoce tus transgresiones, confiesa tu culpabilidad, reconoce que Él era justo si te destruyera. Y di esto solemnemente,

***"Mi fe pone su mano
sobre esa querida cabeza Tuya
mientras estoy como un penitente,
y allí confieso mi pecado.***

¡Oh, qué daría si uno de mis oyentes fuera bendecido por Dios para irse a casa y arrepentirse! Si tuviera mundos para comprar una de sus almas, fácilmente se la daría si pudiera traer uno de ustedes a Cristo. Nunca olvidaré la hora en que esperaba que la misericordia de Dios me mirara por primera vez. Estaba en un lugar muy diferente de este, entre un pueblo despreciado, en una pequeña capilla insignificante, de una secta peculiar.

Fui allí, postrado por la culpa, cargado de transgresiones. El ministro subió las escaleras del púlpito, abrió su Biblia y leyó ese precioso texto: "Mírame y sé salvo, todos los confines de la tierra, porque yo soy Dios, y a mi lado no hay nadie más". Pensé, fijando sus ojos en mí, antes de que él comenzara a predicar a otros, dijo: "¡Joven! ¡Mira! ¡Mira! ¡Mira! Eres uno de los extremos de la tierra. Sientes que eres. Conoces tu necesidad de un Salvador. Estás temblando porque crees que Él nunca te salvará. Él dice esta mañana, "¡Mira!"

¡Oh!, ¡Cómo se estremeció mi alma dentro de mí entonces! ¡Qué! pensé, ¿ese hombre me conoce y sabe todo acerca de mí? Parecía como si lo hiciera. Y me hizo "¡mirar!" Bueno, pensé, perdido o salvado, lo intentaré. Hundirme o nadar, correré el riesgo. Y en ese momento esperaba por Su gracia. Miré a Jesús. Y aunque desanimado, abatido, a punto de desesperarme y sintiendo que prefería morir antes que vivir como había vivido, en ese mismo momento

parecía que un cielo joven había nacido en mi conciencia. Me fui a casa no más abatido. Los que estaban cerca de mí, al notar el cambio, me preguntaron por qué estaba tan contento y les dije que había creído en Jesús y que estaba escrito: "Por lo tanto, ahora no hay condenación para los que están en Cristo Jesús, que caminan no según la carne sino según el Espíritu".

¡Oh, si alguien así estuviera aquí esta mañana! ¿Dónde estás, jefe de pecadores, más vil de los viles? Mi querido oyente, nunca has estado en la casa de Dios, quizás estos últimos veinte años, ¡pero aquí estás, cubierto con tus pecados, el más negro y vil de todos! Escucha la Palabra de Dios: "Ven, ahora, pensemos juntos, aunque tus pecados sean tan escarlatas como la lana y aunque sean rojos como el carmesí, serán más blancos que la nieve".

¡Y todo esto por el amor de Jesús! ¡Todo esto por el bien de Su sangre! "Cree en el Señor Jesús y serás salvo", porque Su Palabra y mandato es: "El que crea y sea bautizado será salvo. El que no cree será condenado. ¡PECADOR! ¡CONVIÉRTETE O ARDE!

EstudiaLaPalabra.org